

Sor Teresa de Jesús.

*Alma, porque eres toda amor,
porque tu misma esencia es Él...*
L. R. V.

Alma, porque eres toda amor,
porque tu misma esencia es Él,
porque en el goce y el dolor
le eres eternamente fiel;

porque tu espíritu infantil
abre sus ojos a la luz
y da sus rosas como abril
y las ofrenda al buen Jesús;

porque en los parques del Edén
eres la abeja y el panal,
y en los senderos almo bien,
lírica fuente de cristal;

porque doquiera con tu amor
siegas la eterna cicatriz
de los humanos, la haces flor,
y humilde inclinas la cerviz;

porque eres flor de santidad,
—rayo de amor, rayo de luz—
porque eres sólo caridad,
eres Teresa de Jesús.

Los "enterramientos"...

(Viene de la página 312)

dos los días, fué requerido el Juzgado de instrucción para levantar un cadáver. Uno más, de los muchos caídos en aquellos días sangrientos; pero el sitio donde apareció nos causó gran extrañeza: en la Cartuja.

Con el corazón lleno de angustia, pisé de nuevo el jardín del monasterio. En él, el padre Procurador nos esperaba cordialmente. Tuvo, en particular para mí, una afectuosa acogida, quizá excesiva, pero que yo agradecí y valoré sinceramente. Mis ideas liberales, en aquellos días de pasión clerical frenética, aún en su moderación, podían serme fatales, y aquella posibilidad era percibida por el buen cartujo.

—Nos han avisado, Padre, de que hay aquí un cadáver, —dijo el juez.

—Efectivamente—respondió aquél—, pero no aquí sino en el bosque. Hacia él dirigimos todos nuestros pasos, y conducidos por el guarda, llegamos a una parte en que el muro, completamente derruido, permitía el libre acceso al interior. Allí, en una pequeña explanada, nos señalaron el sitio donde apareció sepultado. La tierra, ligeramente removida, descubrió un cuerpo exánime.

No se me olvidará nunca aquel cuadro. He levantado en mi profesión cientos de cadáveres, en accidentes de todas clases: destrozados por el tren, mutilados por una máquina, ahogados, acuchillados, pero en ninguna ocasión me he impresionado tan fuertemente como en esta exhumación realizada en el fondo sombrío del bosque cartujano.

Trabajosamente, fué sacado de la fosa el cadáver. Enterrado desde hacía algunos días, un hedor insoportable, sospechoso para ser producido sólo

por uno, hacía irrespirable la atmósfera.

Cubierto el descompuesto rostro por un pañuelo ensangrentado y con las ropas de un tinte terroso y sucio, aquel cuerpo desenterrado, parecía en mueca trágica dirigirse a nosotros en demanda de justicia... Cubrían los pies unas negras botas de paño que facilitaron después su identificación.

El médico forense, un viejecito bonachón y abnegado, lo examinó formulariamente. No ofrecía interés alguno; había sido, como todos, acribillado a balazos, y ostentaba también los vestigios de los consabidos tiros de gracia.

Consternados, presenciábamos el traslado de aquellos despojos, cuando la voz indiscreta de un guardia, resonó bruscamente:

—¡Hay más! ¡Hay más! Allí se ve otra mano...—Y señalaba nerviosamente un lado de la fosa abierta.

—¡No!—exclamó alguien autoritariamente—. Aquí no se ven más.

—Hemos venido llamados solamente para un cadáver—ayudó otro.

Todos los presentes asintieron. El guarda, terco, torpe, insistía, pero pronto un compañero más listo, de un empujón, le obligó a callar.

—Arreglad esto bien—dijo este segundo guarda;—cubridlo todo con piedras, apisonando, no sea que algún perro escarbe.

Y guiñó maliciosamente el ojo a su compañero.

Presenciamos la operación de cubrir la fosa abierta, y terminado el trabajo nos alejamos lentamente.

Acompañados del padre Procurador, que caminaba consternado a nuestro lado, el juez y yo, separándonos del grupo, le interrogamos nerviosamente.

—Era el capitán Ojeda—nos dijo aquél—, persona muy conocida en Burgos. Los demás, no sé.

Y en un rincón del huerto, junto al pequeño cementerio, el cartujo, con acento de dolor y de indignación, nos refirió la historia:

Hacia ya algunas noches llegaron varios hombres armados a la cartuja; conducían unos cuantos presos; sin llamar en la puerta dieron la vuelta por el jardín y por el muro derruido se internaron en el bosque. El jefe de la patrulla explicó al padre de turno lo ocurrido. Se trataba de una gente peligrosa, izquierdista y atea. El jefe creía con esta acusación captarse la simpatía del cartujo. Venía a que acudiera un padre para recibir confesión a los sentenciados a muerte. El padre no tuvo inconveniente, pero exigió que la petición de confesión partiera voluntariamente de los desgraciados y no asistir él a la ejecución.

El primero que cayó fué el capitán Ojeda. Era un oficial de reserva y que pertenecía a un partido de izquierdas como simple afiliado. A presencia de todos ellos se cavó la fosa y se les hizo saber que podían confesar. Alguno accedió, pero el capitán se negó resueltamente. —Si confiesas con este padre—le dijeron—te perdonamos la vida.

El capitán tuvo un instante de vacilación, pero entonces el cartujo exigió que se cumpliera la promesa en caso de acceder aquél. Como el jefe le dijera que no lo cumplirían sino que lo hacían para engañar al capitán, el cartujo se negó a aquella farsa.

Antes de morir, el capitán Ojeda se despidió de sus compañeros con entereza. Colocado ante la fosa y con la patrulla delante, tuvo un movimiento instintivo de horror y se tapó la cara con el pañuelo, no a modo de venda sino como sudario. Pensó sin duda que

iba a ser enterrado y en un detalle macabro marcó su gesto de repugnancia.

Así fueron ejecutados los restantes. Unos se desmayaban, otros abatidos pedían una inútil piedad a sus verdugos.

El padre Procurador, al enterarse, advirtió que no toleraría más ejecuciones en aquel recinto. Se le hizo entonces saber que se respetaría el lugar acotado, pero que tendrían que soportarlos en los alrededores, pues era un lugar estratégico admirable y de gran efecto en los sentenciados.

El juez y yo regresamos apesadumbrados y en el sumario abierto aquel día hay un título anodino y vulgar, pero cuya verdad e importancia algún día habrá de descubrirse: «Hallazgo de un cadáver desconocido en la Quinta de Miraflores».

Dos semanas después, una muchacha de diecisiete años y una anciana, vestidas de luto, comparecían en el juzgado a iniciar el expediente de «desaparición» de su padre y yerno respectivamente (expediente que se tramitó como otros muchos, con arreglo a un decreto y un procedimiento especial implantados en vista de la cantidad de desapariciones habidas).

Aquella muchachita era la hija del capitán Ojeda...

A partir de aquel día, la Cartuja adquirió, por los enterramientos efectuados en sus cercanías, un prestigio siniestro. La gente mira con horror aquel sitio y ha hecho extensivo su odio a los padres allí residentes. Yo, que conozco su inocencia y su pensamiento, no puedo menos de comprender que alguien designó aquel sitio como lugar de terror para que no se hiciera realidad aquella frase del cartujo:

Nosotros no necesitamos protección porque no tenemos enemigos.